

littiam nosce. (Chrys. *Serm. de Mart. t. 3.*) Buelve el Chrysostomo. Acuérdate à todo esto, qué pacto es el que hiciste en el Bautismo: *Pactum quod spopondisti?* Qué condicion fue la con que entrastes à ser Christiano: *Conditionem qua accessisti?* Y qué Milicia en la que desde allí te alistaste: *Militiam cui nomen dedisti?* Qué responderias, si ahora te hallaras en el Tribunal de Dios para responder à este cargo? Cómo has guardado àquel pacto? Cómo has cumplido, y cómo cumples aquella condicion? Contra quién has militado en esta Milicia? Oh, confusion! Pues no queda sino executar desde ahora el consejo del Apostol: *Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam aeternam, in qua vocatus es, & confessus bonam confessionem coram multis testibus.* (1. ad. *Timot. 7. v. 12.*) Emprende la pelea, si gue la batalla de la Fé, que toda ha de ser batalla contra el mundo, y el demonio, contra la carne, y sus pasiones, si quieres conseguir la vida eterna; para la qual prometistes esto en el Bautismo delante de tantos testigos. (Moschus *Prat. Spir. c. 130.*) Vino le al pensamiento una vez al Abad Athanasio. En qué se distinguirán los que viven ociosos, figuiendo sus gustos, y antojos, de los que viven en continua batalla refrenando sus apetitos? Esto pensaba, quando arrebatado en extasis, fue llevado de un Angel à la puerta del Cielo, que halló cerrada, pero oyó dulcissimas voces, que dentro sonaban. Tocó el Angel. Respondieron de adentro. Y éste dixo: Abre, que queremos entrar. No entran acá los ociosos, le respondieron. Si quereis entrar, andad, y pelead contra el mundo, y sus vanidades. Así entendió aquel Monge. Y entendamoslo todos así. Mas para que no nos escufemos con las fuerzas, mañas, y ardidés del demonio:

Profigue la Iglesia en su Ministro, que soplando luego tres veces sobre tu rostro, arrojó al demonio con estas palabras: *Exi ab eo immunde spiritus, & da locum Spiritui Sancto Paraclito.* Con tres soplos? Sí. Fue decirte, que si quieres valerte de las armas de la Fé, con un soplo echarás à rodar al demonio, y à todo el infierno. Así con un soplo lo desarma la Iglesia, y lo arroja, para que no pueda impedir la gloriosa entrada del Espiritu Santo en el alma. Y luego hecha tu propuesta, admitida tu obligacion, lanzando el demonio, en cuya potestad estabas, qué se sigue? Que en nombre de Dios, su Ministro te admitió debaxo de su vandera, te puso la señal de ser ya fuyo, te dió la insignia gloriosa de Christiano. Eso fue ponerle en la frente, y en el pecho la señal de la Cruz con estas ponderosas palabras: *Accipe signum Crucis, tam in fronte, quam in corde: sume fidem Coelestium Praceptorum, & talis esto moribus, ut Templum Dei jam esse possis.* Recibe la señal de la Cruz, así en la frente, como en el corazon. Así en la frente, para que nunca te avergüences de ser, y parecer Christiano; como en el corazon, para que dentro de él vivan crucificados tus afectos. Así en la frente, para que tus obras muestren en lo exterior, que militas debaxo de la Cruz;

como en el corazon, para que tus inclinaciones, amores, y pensamientos, todos por la Cruz se regulen. Así en la frente, para que ya el demonio, viendo esta señal, tenga en ti cerrada la puerta: *In fronte tamquam in poste signandus es,* dice San Agustín; como en el corazon, para que en él solo habite Christo crucificado en la imitacion, y en la memoria. Hija, le dixo el Señor una vez à S. Gertrudis, si tres horas solas que estube en la Cruz, la honré tanto, que como vés es la honra de todo el mundo; cuánta será la honra que yo le daré al alma, que por muchos años me tuviere crucificado en su memoria, en su mortificacion, y en sus trabajos? Oh, qué honra! Profigue, pues, diciendote la Iglesia: *Recibe con esta Cruz la Fé de los celestiales preceptos, y han de ser tales tus costumbres, que puedas ser templo de Dios.* Catholicos, Catholicos, à quién se dicen estas palabras? Solo à los que han de ser Anacoretas, Religiosos, Monjas retiradas del mundo? No, sino à todos. A los Seculares: à los hombres de negocios: à los Cortesanos, se intima solo esta pureza de costumbres, esta desnudez de afectos. Esta continua Cruz se intima solo à los pobrecitos, à los abatidos, à los humildes? No, sino sin distincion, à pobres, y à ricos; à señores, y à esclavos; à plebeyos, y à nobles. Todos igualmente hicimos esta obligacion. Todos igualmente tenemos esta Cruz. Luego, ni es escusa el estado, ni los cuidados, ni los peligros. Luego, ni son palabras de Christiano decir, que la mayor pureza de vida, que el ajuste de las costumbres, no es para los Seculares. Si son bautizados los Seculares, los Grandes, los Poderosos, à todos se nos dice: *Talis esto moribus, ut Templum Dei jam esse possis.* Al Santo Abad Estevan le apareció nuestra Vida. Christo crucificado, y à su lado puesto tambien en una Cruz un hermano fuyo Secular, que vivía con gran perfeccion en el siglo. Y dixole el Señor: Mira en quanta gloria está tu hermano. Aliento fue este grande para aquel Santo Anacoreta. Pero qué escusa le queda à qualquier Secular? No consiste esta Cruz, dice S. Agustín, solo en lo material de los leños, sino en el continuo exercicio de las virtudes, en la continua guarda de los Divinos Mandamientos: *Tota vita Christiani hominis, si secundum Evangelium vivat, Crux est, atque martyrium.* Ahora, pues, os ruego, dice Agustino, que penséis con atencion, por qué somos Christianos, y para qué se nos puso en el Bautismo la Cruz en la frente? *Rogo vos, ut attentius cogitemus, quare Christiani sumus, & Crucem Christi in fronte portamus?* Y si no basta tener el nombre; si no hacemos las obras de Christianos, qué hacemos? *Scire enim debemus, quia non sufficit nobis, quod nomen Christianum accepimus, si opera Christiana non facimus.* Dónde está, pues, en las obras la Cruz? dónde está la Cruz en las palabras? dónde en los pensamientos la Cruz? Allá lo pensad.

En Terruana, Provincia de Alemania, refiere de Jacobo Malbranc nuestro Adriano Lireo

el año de novecientos y cinquenta y nueve de nuestra salud, (Lir. *de Jes. Pati. l. 4. c. 1. s. Minum.*) en un lugar llamado Audomaropoli, misericordioso Dios, en castigo de sus ofensas quiso recordar groferos olvidos con un espantoso prodigio. Fue el caso, que un dia, sin vér como, empezaron à aparecer en los vestidos de todos, hombres, y mugeres, unas Cruces de un palmo, como si en la tela, ò paño de cada uno estuvieran textidas. Arrebató al principio la admiracion, y mientras uno le estaba mostrando al otro en su capa quatro, ò cinco Cruces, el que venia le mostraba à éste en la suya otras tantas. Andaban los unos mirandose à los otros, y todos cruzados, y todos atonitos. Levantaron los gemidos viendo señales tan soberanas, sin vér que manos las formaban. Juntaronse en procesion clamando al Cielo por el perdón de sus culpas. Entonces el Obispo Vicfrido, teniendolos juntos en la Plaza fosegando sus sollozos, les dixo: Hijos míos, si estas Cruces, que à todos nos han salido à los vestidos, salen de la abundancia del corazon con que amais la Cruz, y se representa fuera lo que teneis dentro del alma, dichosos nosotros. Quál es nuestra honra? Quál nuestra dignidad; pues así el Cielo la confirma? Pero si no es así, miradlo en vuestras almas. Treinta años ha que no os predico otra cosa, sino que abraçais la Cruz. Pero si vuestras costumbres, si vuestros afectos han sido siempre contrarios à la Cruz, y à el Cielo mismo os predica, que haveis de vivir siempre cercados de la Cruz: *Revocate in memoriam, esse vos in illa signatos in die Baptismi.* Traed à la memoria que esta Cruz es la señal que os pusieron en el Bautismo. Esto os avisan esas Cruces. Y diciendo esto, todas las Cruces desaparecieron al punto, bastando para que aquellos fuesen despues muy de veras Christianos. Oh, si esto nos sucediera à todos los que aqui estamos! Pues por qué podrán mas los ojos, que la Fé? Estas Cruces tenemos en el alma, y en ellas, ó la señal mas terrible de condenacion, si no se ajusta à la Cruz nuestra vida; ò la señal mas dichosa, si por la Cruz logramos nuestra Gloria.



PLATICA VII.

DE LO QUE NOS REPRESENTA,
y enseña la Sal Bendita, que nos pone
la Iglesia en el Bautismo.

Dia de N. P. S. Ignacio à 31. de Junio de 1692.

La mejor fazon se nos ha venido la Sal. A la fazon del dia de mi glorioso Padre San Ignacio, la Sal de la Sabiduria, que se nos pone en el Bautismo. Pues sin ser menester mas, me hallo fazonado al buen gusto el elogio debido à mi

gran Patriarca, que si la Sal es un mixto prodigio, que se compone de fuego, y agua, como dixo de Plinio San Ilario: *Sal est in se unum continens aqua, & ignis elementum.* (Hil. *l. can. 4. in Matth.*) fuego, y agua juntos en San Ignacio, qué serán? Fuego todo de Dios, que desde que se juntó con el agua en los mares de sus perennes lagrimas, lo formaron Sal de la Sabiduria de la Iglesia. Si à mí me propusieran, que dixeran en dos palabras, qué cosa es San Ignacio en la Iglesia de Dios? Sin embarazarme diria: Que es lo que la Sal en el mundo. Y pienso, que lo explicaba la Sal, que no hay cosa donde no entre, ni gusto que no fazon, ni persona à quien no sirva. La Sal, que se halla en la cocina, y en la sala, en el fogon, y en la mesa para amos, y para esclavos. La Sal, que desde la chocilla del mas pobre, hasta el Palacio del mas Principe es una misma, por mas que las toscas, ò regaladas viandas se distingan. La Sal, que siendo una sola en muy diversos manjares acomoda à todos una fazon, siendo los sabores distintos. La Sal en fin, que siendo en sí de tan poco precio compite con el Sol en lo universal de sus beneficios: *Corporibus nihil utilius Sale, & Sole* (Plin. *lib. 31. c. 7.*) Adagio de los antiguos dice Plinio: Pues esto es San Ignacio en la Iglesia. Sal, que à todos sirve para el provecho. Sal, que à todos se acomoda para el sustento. Sal, que todo lo fazona para el gusto. Sal, que todo lo preserva para el remedio. Esta es la Sal, que sin distincion sirve à niños, y à viejos, à hombres, y à mugeres, à pobres, y à ricos, à amos, y à esclavos. Diganlo tantos empleos gloriosos, tantos sagrados afanes, y tantas heroycas fatigas. Esta es la Sal, que haciendo sabrosos los desvelos prolixos de los estudios, ha llenado el mundo de Sabiduria, las Ciencias de luces, los entendimientos de noticias, las Aulas de letras, las Escuelas de Doctos. Esta es la Sal, que fazonando con los mas discretos saynetes todas las virtudes, que saboreando con suaves atractivos los Sacramentos, ha llenado así tantas almas de perfeccion, y tanto Cielo de almas. Esta es la Sal, que preservando en los unos la corrupcion de los vicios, que desterrando en los otros la pestilencial podredumbre de los errores, y heregias, ha mantenido en la Iglesia esplendores, ha despojado al Infierno de sus tinieblas. Esta es la Sal, que abatida por los fuegos sirviendo à todos sin esplendor de puestos, sin altura de dignidades, se las apuesta al Sol en sus esferas, à quien mas llena al mundo de beneficios: *Nihil utilius Sale, & Sole.* Mas por esto mismo reparaba yo, por qué San Ignacio, siendo tan universal en beneficios para todos, se ha esmerado con especiales favores con los niños. No sé si se hallará Santo que mas los favorezca. En los partos es bien sabido su patrocinio con innumerables milagros: en la primer puericia son grandes los favores que les ha hecho, de que pudiera decir muchos prodigios. Por qué será? Yo pienso, que nos lo dice ya la Iglesia. Es lo primero que gusta la

criatura la Sal conque la Iglesia la saborea: *Hoc primum pabulum Salis gustantem.* (Euseb. *in vita.*) Pues como San Ignacio es Sal, por eso desde aquella edad empieza à ir saboreando las criaturas para el Cielo. Temerosa una muger del parto, que se le acercaba, ofreció à San Ignacio, que si la sacaba con bien, le pondria su nombre à la criatura. Hizolo el Santo, que eso lo hace cada dia. Dió con felicidad à luz un niño. Pero al tratar de bautizarlo se levantó entre marido, y muger la porfia, y la discordia. Ella que se havia de llamar Ignacio, por su promesa. El que se havia de llamar Ireneo, por su devocion. Duró algunos dias la porfia. Llegó el caso del Bautismo, y no se ajustaban. Y, ò por impaciencia, ò por caricia, cogiendo el padre al niño en las manos, determinalo tú, le dixo, quitanos de porfias; cómo te has de llamar? A que con clara voz respondió el niño: *Ignacio.* Cómo? vuelvelo à decir. *Ignacio,* repitió. Hay tal gracia de criatura! Sí, que desde ahí empieza la Sal de San Ignacio. Pues yá podemos ir al Bautismo? Sí, que me he detenido; perdonenle à un hijo, que le arrebate así el afecto de un gran Padre.

Tenemos, pues, todavía à las puertas de la Iglesia detenida la criatura (Vide Pamel. ad Tertul. de Bapt. à num. 1.) Allí vistes la obligacion, y promesa, que hicistes de guardar cabalmente la Ley de Dios, para que te diera la vida eterna. Te viste yá señalado en la frente, y el corazon con la señal de la Cruz. Siguese, pues, que el Sacerdote tomando un poco de Sal bendita se la pone en la boca à la criatura, y le dice: *Recibe la Sal de la Sabiduria; que te sea propiciacion para la vida eterna. Amen. La paz sea contigo, y con tu espíritu.* Qué Sal es esta? Y qué significa? Si no se queda solo en lo que vemos, qué nos dice la Iglesia con esta accion tan mysteriosa? Oh, quanto nos dice? Lo primero, esa Sal nos dice, que por el Bautismo contrahemos la amistad de Dios, y entramos à ser sus amigos. Oh, qué dignidad, oyentes míos! Pero, oh, qué empeño de una puntual, y fiel correspondencia! Fue entre los antiguos la Sal simbolo de la amistad. Por eso al huesped, antes de ponerle à la mesa otra vianda, lo primero que le ponian era la Sal: (*Pier. l. 3. c. 10.*) *Hospitibus ante alios cibos Sal apponi solitum,* dixo Pierio, *quo amicitia firmitas significatur.* Por eso el faltar à la amistad decian en proverbio, que era olvidar la Sal que comió con su hermano: *Salem, & mensam ne pretereas.* Y por eso, preciandose de buenos amigos los Samaritanos, le enviaban à decir à Cambises, Rey de Persia: *Nos autem memores Salis quod in Palatio comedimus.* (*Esdra. 1. c. 4.*) Nos acordamos todavía, que comimos tu Sal. Mira tú, Christiano, si te acuerdas, que has comido la Sal de Dios, que hicistes profesion de ser su amigo. Oh, y con nombre de amigo no le seas mas infame traydor!

Lo segundo que esa Sal nos dice, es, que este contrato, este pacto que con Dios hacemos en el Bautismo, no es por quatro dias, no queda

à nuestra voluntad deshacer su obligacion, es un pacto, que no se ha de acabar, que ha de ser eterno. Por eso los pactos perpetuos se celebran con Sal, que llama la Divina Escritura: *Pactum Salis.* Porque así como la Sal no dexa que los cuerpos se corrompan, los conserva enteros; así el pacto celebrado con Sal, quiere decir, que ni se ha de violar, ni quebrar. Y si esta fue sin duda en el pacto del Bautismo tu palabra. Si fue esta tu promesa, y esta tu obligacion, mira ahora si estás à lo prometido, mira si lo cumples.

Lo tercero, con esa Sal nos enseña la Iglesia, como se nos hará suave el guardar la Ley de Dios que prometimos; el militar debaxo de la Cruz, que profesamos. Se hará suave? Cómo? Si saboreandonos con la Sabiduria del Cielo, que eso representa esa Sal; si tomando gusto à la palabra de Dios la buscamos ansiosos, la oímos con gana de aprovechar, y la recibimos con humilde mansedumbre. La Sal en los manjares es para que excite el apetito, y la gana de comerlos. Por eso en los manjares del Cielo, en el sustento de la mejor vida nos representa esa Sal. Que si gustamos de Dios, si nos saboreamos à oír su soberana doctrina; ese favor nos irá haciendo suave la guarda de sus Mandamientos, nos irá introduciendo las virtudes, y como Sal nos preservará de la corrupcion de los vicios, y de los gusanos de las culpas: *Audite, & vivet anima vestra.* Christianos míos, este es camino seguro, y cierto, por donde Dios quiere salvarnos. No por revelaciones como hacia à los Profetas, sino aprendiendo unos hombres de otros, oyendo la palabra de Dios: *Cum mansuetudine suscipite insitum verbum, quod potest salvare animas vestras.* Esta es la Sal, que dexó en el mundo en su Doctrina para nuestra vida. Esta es la eficacia, que le dió à su voz: *Dabit voci suae vocem virtutis.* Y en gustar de esta Sal de la Doctrina está la vida, y está la salvacion: *Beati,* dice nuestra Vida Christo, *Beati qui audiunt verbum Dei, & custodiunt illud.* Quántos por haver gustado esta Sal de la Sabiduria del Cielo están hoy en la Gloria? Pasaba mi gran P. S. Ignacio por un Convento de Religiosos, y por tentar su espíritu, le dixeron, que les hiciese una platica de Dios. Rehusabalo humilde; pero à sus instancias admitió: juntóse la Comunidad, y ardiendo en zelo el Predicador, dixo: Dos están aqui que quieren dexar à Dios, y apostatarse de su Religion. Ponderó luego los castigos que les esperaban, con tal fervor, que los dos al punto confesaron su culpa, que tenían secretísima, y le llevaron à su Prelado los instrumentos que tenían prevenidos para la fuga. Ah, Sal de Dios! cómo sazonas, cómo sanas, cómo remedias!

Pero si esta Sal soberana no se gusta, si hay tanto hastío de oír la palabra de Dios, tanta desgana de la Doctrina del Cielo, oh, Dios! esa es la causa de tanta corrupcion de costumbres, de tanta ceguedad de ignorancias, y de tantas tinieblas de culpas: *Grandis morbus, & execranda calamitas,* dice Caliodoro: gravissima enfermedad, calamidad,

dad, y desventura la mayor, la suprema. Y cuál es? *Divina legis appetentiam non habere.* Tener poltradas las ganas: hastiado el apetito del sustento de la palabra de Dios, poco hay que esperar de ese enfermo. Ese es el principio de perder à Dios, y de entrar por el camino de la condenacion, dice Paladio, cobrar hastío à la palabra de Dios, tener desgana de oír su Doctrina: *Initium recedendi à Deo, fastidium doctrinae est, & cum quis non appetit illud, quod semper anima esurit, quae diligit Deum.* (*Vit. PP. l. 5. libell. 10. n. 67.*) Las tardes enteras en una Comedia, las noches en el juego, y se gusta, y se dexa de malagana: y un rato de la palabra de Dios enfada, y cansa, y se bofteza? Mirad: Abogaba Demostenes en defensa de un hombre, que estaban para condenar à muerte; y al ir diciendo, reparó, que los Jueces estaban hablando. Prosiguió sin darse por entendido, y dexando lo que iba à decir, ingirió este cuento. Fue el caso, señor, bien célebre, que un Alquilador le alquiló à un pasajero un jumento para una jornada. Salieron juntos, el dueño à pie, el otro en un jumento. Era yá al medio dia, apretaba el Sol, y no habiendo sombra ninguna, echóse aquel à pie, y metióse debaxo de la sombra del jumento. Eso no, dixo el Alquilador, que yo el jumento alquilé, no su sombra. Esa sombra es mia, y yo la he de gozar. No, decia el otro, que si el jumento no se puede apartar de su sombra, quando yo pagué el alquiler del jumento, pagué su sombra. Y hé aqui armado el pleyto, y que van al Tribunal. A todo esto yá estaban muy gustosos, y suspensos los Jueces por oír en que paró. El diestro Orador entonces, dando el golpe à la Cathedra: *De asini umbra libet audire, viri causam de vita periclitantis audire gravamini!* Es muy bueno, que al pleyto sobre un asno se pongan esas atenciones; y que donde vá la vida de un hombre, enfade el oír su defensa! Mas os digo yo, oyentes míos. Tanto gusto en atender mentiras, engaños, y aun torpezas, y tanto tedio para oír hablar de Dios, para oír las verdades eternas, en que vá no menos que nuestra salvacion? ¡Oh, lo que aqui logra el demonio!

Y aun por eso, habiendo puesto la Sal à la criatura, vuelve otra vez la Iglesia à lanzar este maldito espíritu. La primera vez lo lanza de la posesion, que tenia en lo interior del alma: ahora no solo lo echa de lo interior, sino que se manda, que ni se acerque: *Exorcizo te immunde spiritus in nomine Patris, & Filii, & Spiritus Sancti, ut exees, & recedas ad hoc famulo Dei.* Te mando que salgas, y que te apartes. ¿Qué es esto? Que no estorve à la Sal del Cielo la entrada, cerrando à esa criatura los oídos. ¿Pues qué pensais quando estais oyendo el Sermon, que os viene, ò el enfado, ò el sueño, ò la diversion, ò el que patla? Todo eso, que pensais que es? El demonio, que os procura impedir la entrada de la vida. Por eso, pues, entrando yá en la Iglesia à la criatura, le hace el Sacerdote con la saliva, que representa la Sabiduria del Hijo de Dios, le hace, digo, dos cruces en los dos oídos,

diciendo las palabras, que dixo nuestro Redentor para sanar à un sordo, y mudo: *Ephtha, quod est, ad aperire.* Abrete oído, abrete, y luego en la nariz: *In odorem suavitatis.* Percibe el olor de la celestial suavidad. ¿Y qué es todo esto? Abrir por los oídos los caminos por donde ha de entrar la vida de la palabra de Dios. *Auris,* dixo S. Bernardo, *auris prima mortis janua prima aperiatur, & vita.* Si fueron los oídos de Eva la primera puerta por donde nos entró la muerte; sean los oídos los primeros que se abran para que entre la vida. ¿Pues qué esperan los que no la oyen, los que se les pasan los años enteros huyendo de oír lo que los ha de remediar? ¡Oh, qué señal tan lastimosa de reprobacion! *Qui ex Deo est, verba Dei audit,* dice nuestra Vida Christo: El que es de Dios, oye sus palabras. ¿Pues de quién será el que no las oye? Del diablo. Yá lo dice su Magestad: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.*

Breve será el exemplo, pero eficaz. Refiere el Cardenal Jacobo de Vitriaco, que en un Lugar, un Labrador, tan obstinadamente rehusaba el oír la palabra de Dios, el asistir en la Iglesia con los demás à la Doctrina que les explicaba su Cura, que no solo no bastaron amonestaciones, y reprehensiones para hacerlo venir; pero si alguna vez por contingencia se hallaba en la Iglesia, al subir el Predicador al púlpito, al punto se salía de ella, con reparo, y escándalo de todos. Y tales eran sus costumbres, como las espinas, y zarzales de tierra sin cultivo, ni riego. Llegósele la muerte, llevaronlo à enterrar con acompañamiento de numeroso pueblo à la Iglesia: pusieron, como se suele, el cuerpo en medio, y empezaron los Sacerdotes à cantar el Oficio Funeral. Iba cantando el Cura aquellas tan piadosas palabras de la Iglesia: *Gratia tua illi succurrente mereatur evadere iudicium ultionis, qui dum viveret insignitus est signaculo Sanctae Trinitatis;* y entonces, à vista de todo aquel concurso, un Santo Crucifixo, que estaba puesto sobre la tumba, desclavando entrambas manos de la Cruz, se tapó raramente los oídos. Levantaron todos con el alómbro el grito; pararon los Oficios; y el Cura haciendo silencio, les dixo: Bien sabeis la obstinacion con que este desventurado no quiso oír la palabra de Dios; pues por eso se tapa Dios los oídos à los ruegos de la Iglesia, con que le pide su perdon. Yá lo veis, yá lo veis: y pues esto muestra, que posee el demonio yá su alma, posea tambien su cuerpo, y haciendolo sacar de la Iglesia, mandó, que lo tiraran como un petro muerto en el campo. ¡Horrible successo! Oh! y sirva à todos de escarmiento, para abrir los oídos à la voz de Dios, para dár por los oídos entrada à la vida del alma.

¡Oh, Santísimo Padre mio, Sal de la Iglesia en la discretísima razon, con que à todos los estados hicistes tan suaves las virtudes, tan llanos los caminos para Dios, tan sabrosos los Sacramentos! Oh! y comunicanos à todos aquel favor de Dios, con que abrasado le decias tantas veces arreba-